



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,
Número suelto 4 rs.

NUM. 242.—SÁBADO 15 DE OCTUBRE DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

IGLESIA DE SAN FELIPE DE ROULE.

La iglesia de San Felipe, que tiene para los españoles el interés de haber sido el templo donde estuvieron depositados los restos mortales de los señores D. Leandro Fernández Moratín y D. Juan Donoso Cortés, esperando su traslación á esta corte, es un bello edificio situado en el barrio de Roule. Su construcción es del año 1769, año célebre para la Francia por ser en él cuando vieron la luz del mundo Napoleón y muchos mariscales del imperio. La fachada de San Felipe es sencilla y de elegante construcción, y el buen gusto que reina en todo el edificio le coloca acaso de los primeros, artísticamente considerados, entre los muchos monumentos religiosos de segundo orden que hay en París. Las cuatro elegantes columnas que decoran el frontis dan mucho realce al edificio, que unido á lo demás de la fachada, parece que quiere imitar el sistema arquitectónico de la iglesia de la Magdalena. Tiene por delante una verja de hierro que lo separa de una plazuela bastante espaciosa, y que hace resaltar mas el elegante pórtico de San Felipe.

BOGETOS PARISIENSES.

CUADROS FISIOLÓGICOS QUE COMPRENDEN CIERTA CLASE DE ANIMALES RAROS NO CLASIFICADOS HASTA HOY, AUNQUE PERTENECEN Á LA HISTORIA NATURAL DEL GÉNERO HUMANO.

III.

LA LIONA (Le Lionne).

Personas habrá que pongan el grito en el cielo asegurando que la Liona deja el mulido lecho al oír la última campaña de las doce en la iglesia de *Notre-Dame-de-Lorette*; almuerza racahout de los árabes, lee el *Charivari* y algunos periódicos políticos mas graves, y se recuesta sobre un diván para esperar en seguida á sus numerosos adoradores y sus no menos numerosas amigas; que á las tres la anuncian que el coche está á la puerta, deja tres ó cuatro billetes amorosos muy perfumados á la criada, y se va á dar un paseo por el bosque de Boulogne; que en invierno permanece junto á la chimenea, despacha su audiencia y lee á Manon Lescaut ó alguna de las últimas novelas de Paul de Kock ó recorre los almacenes, y que por la noche va á la ópera en carruaje; concluyendo con que este tipo tiene por propiedades únicas, unas cuantas prendas, algunos vestidos de seda, un perro, varios amantes y ciento cincuenta mil libras de renta.

—¡Ah, la Liona! esclama otro, está Vd. muy equivocado, amigo mío, ni la comprende Vd. ni la sabe explicar: la Liona no se levanta; recibe por la mañana en la cama, después de haber almorzado un par de succulentas costillas de ternera, dos huevos estrellados y una taza de té con bizcochos de Reims; á las tres no pone carruaje, sino monta á caballo, con el magnífico y económico traje de amazona; come en la *Taverne anglaise* de la calle de *Richelieu* ó de la *Chaussée d'Antin* y por la noche se instala en un *avant-scène* del teatro del *Gymnase* ó en el Circo de Napoleón, llevando en la mano un ramo de camelias; jamás ha leído un periódico ni una novela; tiene dos amantes, ninguna alimaña que pueda calificarse con el nombre de perro, y su marido le ha asegurado para afileres una renta de cuarenta mil francos y pax Christi.

—No señor! qué disparate! Eso es pintar como averer, añadir un tercero; la Liona no es casada; tiene mas aversión á la sagrada coyunda que á un dolor de muelas; encuentra idealismo y poesía en la unidad personal; se levanta y se acuesta cuando y como lo tiene por conveniente: habita un cuarto ó quinto piso esterior en la calle de la *Bourse* ó de la *Rochefoucauld*; tiene adornado con tiestos de flores los dos balcones; para almorzar, comer y otros actos demasiado prosaicos de la vida, ni tiene hora ni lugar fijo; se la vé á pié, á caballo y en coche accidentalmente tambien; pero el verdadero trono de esas elegantes, como si dijéramos, la concha de la ostra, está en las tertulias de gran trono, en los bailes de los ministros y del emperador; de modo que para vérsela de cerca y estudiar sus rasgos característicos, mas que al *Gymnase* ó á la Academia Francesa, mas que á la Ópera ó al Hipódromo,

hay que correr al *Hotel de Ville* ó al palacio de las Tullerías, cuando hay bailes de corte y se logra un billete.

— Quien desbarra es Vd., interrumpirá otro; en ese retrato mas halló á la Loreta que á la Liona: se conoce que es Vd. poco observador. La Liona es otra cosa muy distinta; es una mujer de buen tono y mejores maneras, que viste no siguiendo la moda, sino estableciéndola; siempre de punta en blanco, se la ve prodigar la coquetería en su vida interior y pública; pasa sus privaciones y sus goces como cada *quisque*; pero hasta en las grandes crisis á cuyo encuentro salen siempre á los protectores ó el *Mont de Piété*, en su casa respira opulencia y gusto; cuando no es época de flores naturales, embalsama su estancia con pastillas del serrallo; la que no tiene mas que un amante, está persuadida que no es coqueta; la que cuenta mas de tres adoradores, cree que comienza á serlo: mariposa del jardín que se llama París, vuela por todas partes á tontas y á locas, y se posa en los teatros ó paseos, en *Mabille* ó *Chateau des fleurs*, en *Valentino*, ó *Paganini*, bailes públicos donde va á lucir sus galas.

Hasta aquí los que se hayan propuesto semejante discusión, han dicho algo de lo que comprende á nuestro tipo, pero muy en bosquejo; nosotros seremos mas explícitos, y daremos mas estensos detalles físicos y morales, que la representen al natural; que la descubran tal como es, ya se la vea confundida entre la muchedumbre que recorre los salones de la emperatriz, ó ayudando á avivar la lumbre en la buhardilla de la griseta.

Mucho sentimentalismo en la fisonomía, merced á lo bien combinado del colorete con el blanquillo; peinado escrupulosamente hecho, en el que no hay un solo cabello que no esté artísticamente colocado en su puesto, con arreglo á las órdenes de su jefe, por otro nombre peluquero; frente, que revela mas tristeza que un mausoleo; ojo listo, bien educado en los movimientos convencionales, para que sepa ocultar á la mirada mas perspicaz las emociones que pasan por el individuo; mucho arte en los adornos y en la movilidad; lengua procaz con un tanto de chispa y repulgos de pispereta; muchos volantes en el vestido y en la manteleta ó *par-dessus*; botines nuevos con el tacon pintado de color de carmin y una sombrilla ó manguito segun la estacion; esta es la liona.

Libre como el viento, mas voluble que las veletas en las torres, versátil como la mariposa, delicada como la sensitiva.

Ella quiere demasiado á los hombres en general para decidirse por ninguno en particular; por lo que solo es consecuente con el ángel invisible de sus sueños, don DINERO.

Su vida es el compasado movimiento de una péndola entre una sonrisa y una lágrima; un ómnibus de los que presentan á su entrada el gallardete en que se lee *complet*, completo, y que vaga al acaso por los parajes mas céntricos y aristocráticos de París; un cabriolé tomado por horas que rueda sobre el pavimento del país de las quimeras; un wagon de gran celeridad, viajando por el camino de hierro de la esperanza; ¡camino de hierro cuyos accidentes, los desenganos, son incalculables!



Iglesia de San Felipe de Roule.

Zanetto, con el sombrero en la mano, esperaba delante de su puerta asomando á los labios esa sonrisa graciosa, familiar á los posaderos que desean enganchar gente.

—Eh, posadero! dijo el hombre gordo, el del sombrero de paja, venid un poco por aquí á tenerme el estribo para apearme.

Zanetto corrió con una afabilidad servil de las menos simuladas.

El viajero largo y delgado se había apeado de su mula con un ademán grave y solemne.

En cuanto al tercero, ya sabemos que le costó poco trabajo el apearse.

Zanetto y Carlos se llevaron las mulas bajo un cobertizo que servía de cuadra.

—¡Eh posadera! traemos hambre, repuso el gordo dirigiéndose á Gelmosina, á quien cogió la barba con aire medio paternal y medio picaresco, y si teneis en el alma, como no lo dudo al ver esos ojos, algunos sentimientos caritativos y cristianos, no perdereis un minuto en disponer la cena, pues venimos de Vergato, no hemos comido nada desde Marenna, y de Marenna aquí, ¡por Baco! os respondo que hay un buen trozo de camino.

—¿Y qué quieren comer vuestras mercedes? preguntó Gelmosina.

III.

LAS NOTICIAS.

No tardó la cena en estar servida en una pequeña pieza que servía de comedor.

Los platos eran de loza ordinaria, y los cubiertos de estaño; pero el mantel blanco como la nieve, y los tallarines cocidos, y las gachas perfectamente sazonadas, abrian hasta lo sumo el apetito.

Gelmosina preparaba los manjares y los servía Zanetto.

Los dos personajes principales, esto es, el enorme Badolfo y el escualido Giacomo se sentaron á la cabecera de la mesa.

Leporello tomó asiento un poco mas abajo.

Al principio de la comida, los tres convidados estaban taciturnos, y comían como personas que tienen que reparar los estragos de una larga dieta.

Solo se oía el choque de los platos y tenedores, el ruido de las mandíbulas que llenaban sus funciones con el mayor ardor, y el sonido de los vasos que se alzaban llenos de la mesa y bajaban vacíos.

Por fin el primer apetito se apaciguó.

Badolfo se hizo un poco hácia atrás con su silla, llenó su

En la época en que pasan los hechos que vamos á contar, la Italia era por excelencia el país clásico de los ladrones.

No había territorio en el Milanesado, en los Estados de Venecia, ó en los del Papa, que no se hallase infestado de salteadores dependientes todos de una banda que vivía de robos y asesinatos en los caminos.

La parte de los Apeninos en que hemos colocado la escena de nuestra narración, servía de asilo en la época de que hablamos á una cuadrilla de bandidos de grande audacia y destreza, guiados por un jefe cuyo nombre inspiraba un terror extraordinario, el famoso Jacopo.

El espanto que infundía el nombre de Jacopo, era tanto mas profundo, cuanto que el ladrón se hallaba en un impenetrable misterio.

Nadie le conocía personalmente, ni tampoco á ninguno de su familia.

Los que habían sido robados por Jacopo y su cuadrilla no estaban acordes en las señales que daban de él: segun los unos era grande, y segun los otros era pequeño.

Sin embargo, todos estaban contestes en asegurar que su rostro era negro como la boca del infierno.

¿Jacopo era realmente negro ó se debía considerar como un disfraz esa tinta sombría?

Esto es lo que ignoraban todos.



Familia de Abd-el-Kader.

—Lo mejor que haya en la posada; con tal de que sea bueno, es lo único que pedimos.

—¿Se acostarán aquí vuestras mercedes?

—¡Santa María! ¡dónde hemos de ir á acostarnos si no es aquí! ¿Creeis que podríamos dormir en esas peñas? Por mal que estemos en la posada, siempre estaremos mejor que al aire libre.

Y el gordo añadió volviéndose á su compañero:

—¿No es verdad, Giacomo?

—¡Bene! ¡bene! ¡optimo! respondió pretenciosamente Giacomo.

—¿Y qué piensas tú de nuestro viaje, Leporello? preguntó el obeso á su tercer compañero.

—A fé mia, señor Badolfo, respondió el personaje interpelado, pienso que preferiría hallarme á estas horas en mi bonita casa de Vergato, y que el banco pintado de verde que está á mi puerta, me parece infinitamente superior á la maldita silla de vuestra condenada mula; pero en fin, puesto que nos hallamos aquí y debemos permanecer en estos malos sitios, pienso que el aire de la montaña abre un apetito extraordinario, y declaro que aguardo con impaciencia el momento de sentarme á la mesa.

—Eso se llama hablar, Leporello! ¡eres un hombre de provecho! Pero entremos en la casa para que saquen la comida cuanto antes.

Y sin parar su atención en el mágico panorama que tenían delante, nuestros tres viajeros entraron en la posada.

vaso hasta el borde de un vino de Montefiascone bastante bueno, y dijo:

—¡Eh! posadero!

El posadero acudió al punto.

—¿Cómo os llamais, amigo mio?

—Zanetto, para serviros.

—Pues bien, voy á dirigiros algunas preguntas.

—¿A mí?

—Sí, preguntas á las que debeis responder bien, en interés de la justicia.

—¿Vuestra merced es podestá?

—No, soy simplemente uno de los empleados superiores de la policía del reino; el señor Giacomo que está aquí es mi compañero, y Leporello, el de mas allá, es mi secretario.

Y al decir esto Badolfo designaba con el dedo á los dos individuos que acababa de nombrar.

Zanetto se inclinó con respeto.

—¿Cómo, preguntó, puedo yo decir alguna cosa que ofrezca un interés cualquiera á la policía en general, y en particular á vuestras mercedes?

—Se trata del bandido Jacopo.

—¡Ah! ah! exclamó el posadero.

Y su fisonomía tomó al instante una expresión indefinible.

Para la completa inteligencia de los acontecimientos que van á seguir aquí, debemos principiar por algunos pormenores indispensables.

Muchos pretendían que Jacopo no era mas que un demonio revestido de forma humana para hacer daño en el mundo, y que cambiaba á su gusto de figura.

Esta opinion se hallaba tan acreditada que nadie la contradecía.

Más de uno de los habitantes del valle y de la montaña habían cargado sus largas carabinas y se habían reunido para tratar de descubrir la guarida de Jacopo y atacarle en ella como á una fiera.

Pero jamás habían podido verle las uñas.

Habríase dicho que en medio de ellos había un espía que los delataba al bandido, con tiempo suficiente para que este pudiera burlar todos sus planes.

En tal estado se hallaban las cosas.

Ahora vamos á seguir la relación establecida entre el posadero y el señor Badolfo, el agente de policía.

—¿Sin duda habeis oído hablar de Jacopo? preguntó este último.

—¡Ay! exclamó Zanetto cruzando las manos, ¡me preguntais si he oído hablar de él! Ya lo creo! y bien lo siento.

—¿Os ha causado algun perjuicio?

—Me ha arruinado, ni mas ni menos.

—¿Cómo ha sido?

—Debo decir á vuestra merced que antiguamente tenía yo media docena de mulas que alquilar á los viajeros, lo que me producía mucho; pero ese picaro me las robó!

—Muy bien.

—Ademas, tenia una vaca, ¡pobre animal! el pícaro Jacopo me la ha comido!
 —Adelante.
 —Tenia unos cuantos carneros; Jacopo se los comió antes que la vaca.
 —Perfectísimamente.
 —Por último, continuó Zanetto con tono desolado, desde que su cuadrilla ocupa esta parte de la montaña, el camino se halla casi desierto; los viajeros prefieren dar un gran ro-



La capa.

deo, para evitar los pasos peligrosos; ya ven vuestras señorías si habrá perdido mi posada.
 —Leporello, dijo el hombre gordo, bueno seria apuntar todo esto.
 —Mi tintero se ha quedado colgado del arzon de la silla, respondió Leporello.
 —Podeis ir á buscarle.
 —Voy al punto.
 El secretario salió precipitadamente.
 —¡Dios mio! Dios mio! exclamó el posadero, ¿por qué vuestras mercedes quieren tomar nota de lo que digo?
 —Porque estamos encargados de formar una causa sobre los crímenes del bandido, contestó Badolfo, y despues de recibir todas las noticias que podais darnos, iremos á buscar otras en las habitaciones de la montaña.
 —¡Ah! ah! dijo Zanetto.
 —¿Podeis procurarnos un guia?
 —Yo mismo.
 —Eso es mejor aun.
 En este momento Leporello entró en el comedor con los administrulos para escribir.
 —¿Os habeis encontrado alguna vez frente á frente con el bandido?
 —¡Ay, si! desgraciadamente.

—¿Muchas veces?
 —Solo dos.
 —¿Y no os ha sucedido nada?
 —Jacopo sabe que soy pobre, y no me ha hecho daño.
 —¿Y le reconoceriais si le encontráseis ahora?
 —Al instante.
 —¿Qué señas tiene?
 —¡Dios mio! no pensé en tomárselas.
 —Pero en fin...
 —Me parece que era de mi estatura poco mas ó menos.
 —¿Y su rostro?
 —Me pareció negro como la tinta.
 —¿Estaba solo?
 —Sí.
 —¿Y llevabais armas?
 —Mi carabina.
 —¿Cómo no hicisteis fuego contra él para libertar al país de tal azote? ¡Buen tiro habria sido, sin contar vuestro provecho, pues ya sabeis que su cabeza está tasada en cien escudos de oro.
 —¡Hacer fuego contra Jacopo! ¡Santa María! ¡esclamó el posadero, y ¿con qué fin?
 —Con el fin de matarle.
 —Vuestra merced ignora pues que Jacopo es un demonio, y que solo con que hubiera querido amenazarle, me habria hecho dar vueltas en el aire como una pluma, y me habria arrojado de lo alto de los Apeninos al valle, á cuatro leguas de aquí, y aun mas lejos si hubiera querido.
 Badolfo y Giacomo se encogieron de hombros, como quien tiene lástima de la credulidad de un posadero tonto.
 —Pero, dijo Leporello, si ese ladron fuera un demonio, ¿cómo tendria necesidad de robar á los viajeros para vivir?
 Zanetto no aparentó entender toda la lógica de este razonamiento, y repuso al cabo de un instante de silencio:
 —Es todo lo que puedo deciros sobre Jacopo, puesto que no sé mas; pero añado que si lograis librarne de él, hareis un buen servicio á la comarca, y yo por mi parte os colmaré de bendiciones.

IV.

EL LAZO.

En este momento el hombre gordo juzgó que estaba concluido el interrogatorio del posadero, y haciéndole seña de que podia retirarse, dijo á Giacomo:
 —Creo, salvo error, que no haríamos mal, amigo mio, en ir á respirar un poco el aire fresco de la tarde delante de la puerta de la posada. Un paseito facilitará la digestion: ¿qué os parece?
 Como tambien era este el parecer de Giacomo, ambos salieron del comedor y fueron á pasearse sobre la plataforma. Zanetto se habia quedado detrás de ellos.
 En cuanto se quedó solo, dió un silbido particular, y Carlos se presentó al punto.
 Ambos hablaron un instante al oido, y despues el jóven salió por una puerta falsa, y el posadero se fué con los recién llegados.
 El sol se hallaba completamente puesto.
 La noche sucedia de un modo brusco al crepúsculo, é invadia rápidamente el horizonte. En algunos puntos de la llanura se encendian algunas hogueras que parecian reflejar, como el agua serena de un gran lago, las estrellas que brillaban en el cielo. Las grandes masas graníticas que dominaban la casa de Zanetto resaltaban en negro sobre el color azul del firmamento.
 El posadero que hablaba con Badolfo levantó por casualidad los ojos.
 A muchos centenares de piés sobre la plataforma, en la punta de una roca que dominaba el abismo, se dibujaba la silueta de un hombre.
 Este hombre parecia alto, se hallaba de pié y apoyado sobre el cañon de una carabina.
 —¡Allí está! ¡allí está! exclamó Zanetto.
 —¿Quién? preguntaron los hombres de la policia temblando.
 —Jacopo.
 —¿Dónde?

—¡Allí! y el posadero indicaba con el dedo la aparicion.
 —¿Estais seguro?
 —Segurísimo.
 —¿En qué le conoceis?
 —En su estatura, su actitud y su carabina. Ademas, al anocheecer se le ve algunas veces en la punta de esa roca, y permanece como le veis horas enteras.
 —Leporello, gritó el hombre gordo, toma la pluma y escribe.



A.T

La capa.

El secretario obedeció, y añadió á lo escrito anteriormente esta frase memorable:
 «Hemos visto al bandido Jacopo en pié sobre el pico de una roca.»
 Algunos instantes despues el hombre de la carabina se habia retirado de su puesto.
 —Me alegro que se haya ido, murmuró Zanetto. Le tengo miedo lo mismo de cerca que de lejos.
 —¡Qué buen dia será aquel en que le ahorquen en la plaza mayor de Vergato! ¿no es verdad, posadero? preguntó Badolfo.
 —Sí, respondió Zanetto, ¡el dia en que le ahorquen! ¿Pero cuándo llegará ese dia?
 —No tardará mucho.
 —Dios lo haga.
 —Supongo que aquí se celebrará como es debido.
 —Ciertamente, replicó Zanetto con un acento extraño, ciertamente que aquí se celebrará el dia en que cuelguen á Jacopo.
 Y añadió dirigiéndose á Gelmosina:
 —¿No es verdad?
 Gelmosina no respondió; pero se puso á tararear la invocacion á la Virgen que cantó al principio de esta historia con su marido.



Fábrica de tinta de imprimir ée Mr. Lawson y Comp.ª de París.

de notable, que el duque de Suffolk, el mismo padre de Juana, proclamó desde lo alto de la Torre de Londres el advenimiento de María.

Juana velaba todavía á media noche. Triste, pero tranquila y resignada, había elevado su pensamiento al cielo para no medir el abismo que acababa de abrirse á sus pies. De pronto se apareció ante sus ojos Gunnor Braose, que se había introducido por la puerta secreta, y la dijo:

—Vengo á salvaros.

—No deseo la libertad, respondió Juana, y no confiaré mi persona á la protección de nadie en el mundo. Permaneceré aquí hasta que mi prima María haga su entrada en la Torre de Londres: después... sucederá lo que ella disponga.

—No contéis con su gracia, ni os esponáis al primer movimiento de la cólera de esa mujer vengativa. María posee, como su padre, un corazón inexorable, y si la aguardáis aquí, sereis víctima de su resentimiento. No rehuséis por lo mismo, noble señora, el medio de salvación que os ofrezco, porque trascurridas algunas horas, ya será tarde.

—¿Y cómo he de salir de la fortaleza?

—Seguidme; lo demás me toca á mí.

—¿Ah! ¿Y mi esposo?

—No penséis en él, pues desertó cobardemente en los momentos de verdadero peligro; dejad que perezca en compañía de su infame padre.

—Vete, mujer, vete, porque no quiero seguirte.

—¿Ah! Perdon, perdon, noble señora!... Escuchadme: por grande que sea mi odio á la familia de Northumberland, consiento en perdonar al hijo por vos: sí... le salvaré también de la muerte, os lo juro. Pero venid, venid; salgamos de la Torre de Londres y apresurémonos á llegar á Sion-House: lord Dudley se reunirá con vos antes que amanezca; de modo que antes que se eche de ver vuestra fuga, podreis procuraros un retiro seguro.

—¿Hareis lo que decís, ó prometéis mas que lo que podeis hacer?

—Cumpliré lo que ofrezco, por la memoria sagrada de mi querido hijo Seymour, duque de Somerset.

—Vamos pues, dijo Juana.

Gunnor la condujo á Sion-House y la entregó á algunos fieles servidores con quienes podia contar.

III.

La vieja Gunnor Braose fué fiel á su palabra, pues antes que despuntase el día se hallaba Dudley en los brazos de su esposa.

—¿Ah querido lord! le dijo Juana estrechándole contra su corazón. ¿Por qué hemos abandonado este sitio apacible? ¿Por qué nos ha alucinado el brillo de una corona?

—¿Oh! Todavía no he perdido las esperanzas, respondió lord Guilford, pues nuestros negocios pueden tal vez restablecerse.

—Imposible! repuso Juana con acento firme; y nunca me aprovecharé de la menor conyuntura favorable que se me presente. Aun cuando de nuevo me ofreciesen la corona; aunque supiera que la había de conservar durante mi vida, me negaría á admitirla. Dudley, los sueños de mi ambición se han disipado, y siento profundamente la falta que he cometido.

—Sea en buen hora, reina mia, pues todavía quiero llamaros así. Con todo, por poco que mi padre se sostenga, iré á buscarle, y haremos de consuno un esfuerzo para ganar la partida, aunque peligre nuestra existencia.

—Vuestra ambición os llevará al cadalso, y me arrastrará á él con vos. No hemos sabido conservar el poder cuando nos pertenecía ¿y queremos reconquistarlo ahora?

—El poder no ha huido de nosotros, no; no puedo creerlo, ni lo creeré hasta que mi padre me lo escriba de su propio puño. ¡Oh! No le conocéis... Con cinco mil hombres, con la mitad de este número triunfará de todos nuestros enemigos. Todavía le volveremos á ver dueño absoluto de la Torre de Londres y de esa ciudad rebelde, y entonces caminarán al cadalso los Renard, os Pembroke y los Arundel: ante ese espectáculo perdonaré á la fortuna la ingratitud con que ahora nos trata.

—Perdone el cielo á esos traidores como yo les perdono: temo sin embargo que su animosidad nos empuje hácia ese suplicio á que acabais de condenarles.

—Juana, no es este el momento de las recriminaciones; pero si no hubierais concedido vuestra confianza á ese miserable Renard; si no hubierais escuchado sus perniciosos consejos; si hubierais consentido en dividir conmigo el poder supremo; si por último, no hubierais obligado á mi padre á que se pusiese al frente del ejército contra María, otra suerte nos halagaría hoy: seriais reina, y yo también sería rey.

—Merezco vuestras reconvenções, Dudley, y por amargas que parezcan, mucho mas lo son las que yo me dirijo: sin embargo, aun cuando hubiese accedido á vuestros deseos, elevándoos al solio; aunque hubiese desechado los consejos y las malas artes de Renard; aunque no me hubiesen engañado sus cómplices Arundel y Pembroke; aunque vuestro padre hubiera permanecido á mi lado en la Torre de Londres... mi reinado no por eso hubiera sido de mas larga duración.



Las tres reinas.

—No os comprendo, señora.

—Voy á hacer que me comprendais; porque ¿á qué conduce ahora el disimulo? Vuestro padre aspiraba á sentarse en el trono, y me había destinado únicamente á que le facilitase el camino, contando con desembarazarse de mí en la primera ocasion favorable.



Las tres reinas.

—¿Juana! exclamó Guilford sorprendido é irritado.

—No os incomodeis, mi querido Dudley, repuso Juana, pues no os he hecho esas revelaciones para incomodaros. ¡Ah! Bastante desgraciados somos ya, sin que tratemos de acumular sobre nuestras cabezas nuevos motivos de aflicción. Os he dicho eso para reconciliaros con vuestra suerte, para comprimir los movimientos de ambición que agitan á vuestro alma, para disuadirlos, en una palabra, de arriesgar con el duque una tentativa desesperada, que solo serviría para precipitar infaliblemente vuestra perdición.

—Pero, señora, habeis fulminado contra él una acusacion tan grave, que yo, como hijo suyo, estoy en el deber de defenderle y desvanecer vuestro error.

—Dudley, tengo pruebas de que vuestro padre envenenó al rey Eduardo; tengo pruebas de que su intencion era envenenarme como á él.

—Esa es una calumnia infame... No debeis creerla, Juana: los cobardes enemigos de mi padre...

—Guilford, os he dicho que tengo pruebas...

—Sí, urdidas por los traidores.

—Pongo al cielo por testigo de que lo que os he dicho es verdad.

—Probado; habeis acusado á mi padre.

—No puedo.

—¿Quién lo impide?

—Mi actual situacion.

—¿Cómo así?

—¿Ignorais que estoy aquí por haberme fugado de la Torre? ¿Qué pruebas quereis que haya podido traer conmigo?

—Ninguna, porque no existen.

—Defendeis á vuestro padre, y no extrañais vuestros arrebatos. Tal vez algun dia...

—¿Alerta! gritó la vieja Gunnor entrando precipitadamente con el terror retratado en su rostro.

—¿Qué ocurre?...

—No bien habiais puesto el pié fuera de la fortaleza, milord, cuando supe que Simon Renard, prestando que los partidarios de lady Juana pudieran empeñar un lance para libertarla de la muerte, había persuadido al consejo privado de la conveniencia de pesquisar muchas veces durante la noche el lugar de su encierro y aun el vuestro, escitándole á que comenzase á poner inmediatamente en ejecucion dicha medida. He conocido desde luego, noble señora, que vuestra evasion iba á descubrirse, y que desde luego os buscarian en este sitio, por lo que me he apresurado á pasar el Támesis para venir á daros tan triste como importante aviso. Salvaos

sin tardanza, porque tal vez vuestros perseguidores estarán ya en camino y pueden llegar de un momento á otro á Sion-House. Salvaos, por el cielo! No os detengais á elegir un retiro seguro: cualquiera es bueno al presente, pues solo se trata de huir de aquí. Vamos, ¿qué haceis? Los instantes son preciosos. Apresuraos.

—Es inútil, respondió Juana con heróica tranquilidad: les espero y me someto humildemente á los altos decretos del Todopoderoso. Os aconsejo, lord Guilford, que os resigneis, como yo, á vuestra suerte.

—¿Lo creéis así, señora? replicó Dudley. ¡A caballo! A caballo! y volemos hácia Cambridge, donde á estas horas debe hallarse el ejército de mi padre.

—¿Vuestro padre! murmuró Gunnor.

—¿Qué quieres decir, mensajera infernal?

—Vuestro padre está preso.

—¿Preso!

—Desde ayer. Fué cogido en su alojamiento por mi nieto Gilberto Pot, que ha recibido en recompensa mil libras de renta, y el título de escudero. En seguida se entregó el duque al conde de Arundel, revelando en semejante circunstancia tanta bajeza de alma, como orgullo había mostrado hasta entonces. No bien se presentó el conde, cuando el activo Northumberland se arrojó cobardemente á sus pies y le suplicó que le amparase por el amor de Dios. «Considerad, le dijo, que todo cuanto he hecho ha sido por órden expresa del consejo privado, del cual formais parte.» El conde de Arundel le contestó: «Me envia la verdadera reina de Inglaterra y os prendo en su nombre.» «No trato de resistir, milord, repuso el duque; lo único que os pido es que seais indulgente conmigo, ya que sabeis perfectamente cuanto ha ocurrido.» «Milord, replicó Arundel, os habeis sometido demasiado tarde; por mi parte, debo obrar segun se me ha prevenido: sois mi prisionero.» Tal es el tenor del parte que ha llegado á la Torre de Londres; hé ahí el último rasgo de la vida del gran Northumberland: pronto veremos cómo ese campeon se porta en el cadalso.

—Retírate, furia, exclamó Juana fuera de sí; no insultes por mas tiempo nuestra miseria.

—¿Qué injusticia, milady! ¿Podeis poner en duda mi adhesión?

—Creo firmemente en tu crueldad.

—¿Y qué! ¿No se concibe mi odio?

—El odio nunca se concibe. Apartate de mi vista.

—¿Ah! Desesperais á la pobre Gunnor.

Oyóse en esto gran estrépito, y en un punto se llenó la casa de tropas. Levantóse Juana, se acercó al oficial de la fuerza armada, y le dijo con frialdad:

—Ya sé el objeto de vuestra visita, y estoy pronta á seguiros.

—Sí, sí, marchemos, gritó Guilford con desesperado acento.

(Continuará.)

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.